
XXII.

Mis versos.

Y A en la calle pude respirar. Tomé cualquier rumbo, anduve largo, me fatigué, y al cabo de mucho rato me encontré en la redacción, sentado en mi sitio de costumbre, sin hacer caso de las preguntas que Pepe y Carrasco me dirigían. ¿Estaba yo enfermo? ¿Me había pasado algo? El periódico necesitaba material, hacía falta mi artículo.

¡Ah! ¿Con que hacía falta? Á mí también me hacía falta escribirle. Tomé la pluma entre los crispados dedos, y durante media hora, sonó áspera y veloz, arañando el papel, casi rasgándole con los agudos gavilanes que se clavaban á cada instante, salpi-

cando la blanca superficie con un rocío de tinta.—Mis males resurtían siempre contra el Gobierno, y aquella noche fué su daño de la medida del mío. Engañado por mis pasiones, creía yo sinceramente que mi exaltación era honradez; mis dicerios justicia, mi desenfreno valentía; y derramé sobre las cuartillas en garabatos de tinta, toda la hiel de mis entrañas y todo el encono de mi alma enferma. Ni había cargo que me pareciera grave, ni adjetivo que sonara bastante duro: cada hombre del poder era un miserable, un vampiro; cada acto del Gobierno una ratería, una infamia ó un crimen de traición. El edificio social, minado por tanta sabandija amenazaba derrumbarse, y en tanto el pueblo esclavo, recibía, gimiendo cobardemente, los latigazos que le cruzaban las espaldas, y aun besaba la mano de su verdugo ¡No! Aquel no era el pueblo de Dolores y Cuautla, ni el de Padierna y Churubusco; no era el pueblo inmortal que sacudiera el yugo del conquistador con heroico esfuerzo; no era el pueblo que dejara un rastro de sangre, desde la orilla del Bravo hasta

las escaleras del Castillo de Chapultepec..... En pedestre prosa: el pueblo era una manada de ovejas. Pero yo le aconsejaba en términos y frases más ó menos francas, que no sufriera más, que se pusiera en armas y diera en tierra con el castillo de barajas que se llamaba Gobierno.

Cuando concluí, Pepe se había marchado y Sabás dormía con la frente apoyada sobre el diccionario abierto; de suerte que podía yo juzgarme soló. Mis pensamientos estaban no más conmigo, reavivando la inquietud, y aumentando el malestar que no me daban punto de reposo; por lo que, acudiendo al medio siempre usado, busqué en mi mente algo que fuera capaz de distraer mi imaginación del recuerdo de los sucesos del día, entreteniéndola y encadenándola.

Y era bien fácil aquella noche. Tenía yo el recuerdo de la anterior y la esperanza de la próxima. Remedios ayer, Remedios mañana. ¿Cómo estaba reclinada cuando entré en el cuarto de Felicia? ¿Cuál fué la expresión de sus ojos hermosísimos al mirarme? ¿Le temblaba la voz como de miedo ó

como embargada y poseída de la emoción? Su reproche fué dulce, triste y sincero, como sus miradas; el sonido de su voz tierna y cadenciosa, resonaba aún más que en mis oídos, en lo íntimo de mi alma; el suave calor de su mano temblorosa, parecía persistir en la mía, como en mi cuerpo todo el estremecimiento súbito que me produjo el contacto de sus sedosos dedos..... No quería lujo, no quería carruaje, ni falda de seda, ni brillantes, ni lacayos, ni ciudad bulliciosa y soberbia. ¿Pues qué quería entonces? Su rincón ignorado, con bosques, arroyos y flores silvestres; su pueblo de costumbres sobrias y rudas; su pobre Juan, tímido, ignorante y humilde; pero ajeno á las violentas pasiones de la ciudad, lleno de un amor puro, franco y descuidado.

¡Tomara yo entre las mías aquella mano tibia, en sitio apartado de cuidados y envidias, semejante á aquellos que fueron testigos de nuestros primeros años! ¡Bebiera yo en sus ojos, cerca, muy cerca, la luz purísima de sus pupilas negras y hermosas, con la hermosura de la castidad y la inocencia!...

Entonces, yo sabría hablar el lenguaje sencillo y tierno, dulce y humilde, único en que cabe la verdadera poesía, la poesía que no es mentirosa, la única poesía que entendía aquella alma, alimentada con el amor verdadero.

Saqué de mi cartera los versos prometi- dos y los leí y releí. Les faltaba algo, que no acertaba á definir, y que no podía por lo mismo agregar; algo que sentía yo dentro de mí con afán de tomar en el pensamiento vida y forma en el verso. En vano borré y escribí, cambiando aquí una palabra, allá una frase, versos, estrofas enteras; parecíame que en la verdadera poesía hay algo, lo más grande lo más íntimo, que se queda en el alma eternamente encerrado, como queda en la flor marchita y seca, leve perfume que no pueden llevarse las brisas. La luz de la mañana entraba por las ventanas de la redacción, cuando yo ponía en limpio mis versos, mil veces reformados, y mil más leídos. No servían para nada; no decían lo que yo quería decir; pero era preciso cumplir lo ofrecido y llevárselos aque-

lla noche. Y ¿quién sabe? ¡Tal vez ella iba á entender todo lo que no cabía en el verso!

Sabás no estaba ya sobre el diccionario. Ignoraba yo á qué hora se había marchado, no obstante que, sin duda, se había despedido de mí, como lo hacía siempre. El recuerdo de la escena del día anterior y la imagen de Jacinta vinieron á mi memoria; pero yo los rechacé con energía, y amparándome con mis sueños y esperanzas, vagué todo el día sin rumbo, contando las horas y los minutos que corrían, acercando la noche.

Pero cuando ésta llegaba, una idea que vino á mi mente me hizo estremecer, y á mi pesar tuve que detener el pensamiento en la casa de huéspedes. No había remedio: antes de abandonarla para siempre, debía yo entrar en ella por última vez, para salvar la cajita en que guardaba yo mis joyas, aquellas que conservaba como el tesoro más rico, aunque no valieran nada en el mercado del mundo: las prendas de mi madre y de Remedios.

No vacilé; me dirigí á la casa de Barbadillo, subí la escalera, entré en mi cuarto,

tomé la cajita bajo el brazo y quise salir; pero Jacinta, parándose en la puerta, me detuvo. Estábamos casi en tinieblas y no podía verle la cara; pero el tono de su voz, aunque ella procuraba hablar bajo, me indicó cómo debía de tenerla contraída por el gesto de ira que le era peculiar.

—¿Á dónde vas?

—Déjame salir, dije irritado.

—Entiendo tu intención, repuso; quieres irte para no volver.

—¡Déjame salir! repetí con impaciencia.

—No quiero. Escúchame antes; vamos á hablar un momento.

Y Jacinta procuraba en vano fingir el tono de súplica.

—No quiero hablar contigo, contesté. Lo que deseo es irme y no volverte á ver nunca.

La fiera dejó escapar un leve rugido al sentir la herida.

—Eres un canalla, dijo con voz ahogada por la ira; eres un misarable..... pero te quiero y por lo mismo te he de aborrecer, te aborrezco ya, con toda mi alma.

—¡Apártate! dije con imperio.

Traté de salir, y ella al detenerme, tocó la caja y comprendió sin duda el objeto de mi vuelta á la casa.

—¿Qué es eso? preguntó.

Sin contestar, sintiéndome cegado por la cólera, traté segunda vez de apartarla de la puerta y salir al corredor; pero ella asió la cajita fuertemente con ambas manos y forcejamos un instante.

—No te la llevarás..... me dijo sofocada de rabia.

Y puesta mi cólera en el último punto, dejé toda consideración, la empujé con fuerza hacia atrás, sujetando la cajita con la otra mano. El cuerpo de Jacinta chocó con la barandilla y casi calló al suelo, en tanto que yo ganaba la escalera llevando la caja. Pero aun pude oír el gemido doloroso y ahogado que lanzó Jacinta, y su voz que decía, cortada por la sofocación:

—¡Canalla, me has lastimado!

Trémulo, sobresaltado y volviendo hacia atrás la cara, tomé el camino de la redacción, porque era aún muy temprano para ir á la casa de Felicia. Sentía yo algo de lo

que debe de sentir el que acaba de cometer un crimen atroz, y sin darme cuenta de ello casi corría yo, tropezando con los transeuntes, como si huyera del lugar del delito temeroso de caer en manos de la justicia.

Sabás estaba en la redacción, y al verme entrar me estrechó en sus brazos, fuera de sí, medio loco, ¡Que éxito tan brillante! En aquel momento la prensa trabajaba, haciendo un tiro extraordinario del número del día, porque estaban ya agotándose los ejemplares de *El Cuarto Poder*. Mi artículo había causado un escándalo sin ejemplo, y Albar estaba contentísimo. No se registraba en los anales del periodismo, suceso semejante. Estaba reservada esta gloria para mi pluma; era yo, sin duda, el periodista de más talento y de más bríos que tenía ni había tenido la República.

Esto me distrajo y me hizo olvidar á Jacinta. La conversación de Sabás me sedujo, halagando mi incurable vanidad, y escuchando mi elogio, dejé correr dos horas sin impaciencia. Cerca de las nueve de la noche, me despedí de Carrasco, con propó-

sito de volver á la redacción más tarde, para escribir algo para el número siguiente. Sabás me esperaba.

Cuando subí la escalera de la casa de Felicia, el corazón me saltaba en el pecho lleno de emoción dulcísima; pero turbada por vago temor. De la redacción á la calle del Amor de Dios, me había parecido notar dos veces que una mujer me seguía. Parecía una criada por sus perfiles que á la escasa luz del alumbrado de la calle, pude ver de lejos. Probablemente era aquel un temor hijo de mi conciencia alterada; una tontería de tantas como me ocurrían diariamente, puesto que antes de entrar había yo detenido un momento en la puerta y no ví ya á la mujer sospechosa.

¿Pero qué no olvidaría yo al entrar en el cuartito de Felicia? ¿Qué aflicción ó tormento podría seguirme hasta allí? Entré; Felicia me salió al encuentro dándome un abrazo, y por encima de su cabeza inquieta, ví á Remedios reclinada en el sofacito, que enderezaba el cuerpo con cierto sobresalto. Me acerqué á ella y estreché su mano cari-

ñosamente; Felicia nos dijo alguna broma para inspirarnos confianza, pero yo no podía librarme del singular embarazo que me dominaba al estar en presencia de la hermosa joven.

Felicia me recomendó que hablara en voz baja, porque aquella entrevista se verificaba á escondidas de la Sra. Llamas, y además porque D. Mateo estaba en la sala con la familia. Los ojos de Remedios se encontraban con los míos y ambos nos sobrecogíamos, tímidos con la timidez del verdadero amor. No hilábamos una conversación sostenida; ella estaba encogida y yo torpe, mientras Felicia se reía de uno y otro; pero gozosa, satisfecha de su obra, al grado de olvidarse de los versos, que yo guardaba hasta que me los pidieran, y que pienso no olvidaba Remedios, aunque no los pedía.

Algún recuerdo de San Martín, evocado por Felicia, despertó en nuestras almas el dulce sentimiento del terruño abandonado; vinieron á nuestra memoria hechos, personas, sitios que agitaron nuestros corazones, y hablamos entonces, exaltándose poco á poco

y manifestándose espontáneo é irresistible el vivo amor que guardábamos en el alma para aquel rincón del mundo, tan apartado, tan ignorado y tan lleno de recuerdos para nosotros. Parecía que recorríamos los lugares de nuestra infancia, que hablábamos con las personas que allá nos eran familiares, que veíamos los rojizos tejados, la plaza cubierta de grama, y más allá el arroyo deslizándose entre las piedras y cubriéndose de blanca espuma al romper en alguna más alta sus cristales. No pocas veces paseamos juntos á orillas de ese arroyo. Sí; ambos lo recordábamos perfectamente: en ocasiones nos acompañó Felicia, que también lo recordaba; como que maliciosamente, distraía con su traviesa charla á los demás, para que Remedios y yo pudiéramos quedarnos atrás y cambiar algunas palabras sin ser oídos.

Los ojos de Remedios se encontraban ya con los míos, sin la timidez del principio, y en sus pupilas veía yo algo como los reflejos del sol que alumbraba nuestros campos; renacía en su mirada la franca expresión de su cariño, y en mi alma algo tan puro como

la pérdida inocencia de aquellos días. Evocar tales recuerdos era hablar de nuestro amor, de la manera más íntima y más dulce: los juramentos y promesas no hacían falta.....

Felicia, única que podía tener conciencia del tiempo trascurrido, nos interrumpió de repente.

—Hijitos, ha pasado más de media hora, y no hay que abusar de la buena suerte. Concedo un cuarto más, y hasta otro día.

—¡Más de media hora! exclamó Remedios.

—¡Tan pronto! dije yo.

—Un cuarto más, repitió Felicia, para que este caballero cumpla su promesa y nos entregue los versos.

—¡Ah! los versos.....dijo Remedios, entre ruborizada y gozosa.

—He cumplido, contesté; pero.....la verdad es que no me gustan. ¡Yo quisiera decir en ellos tantas cosas, tantas!.....¡Cómo ha de haber todo en unos cuantos versos!

Remedios bajó los ojos, y al tomar el papel que le presenté, se puso encendida y lle-

na de turbación. Iba á guardársele; pero Felicia no lo consintió. No; de ningún modo; había de leerlos delante de mí para recompensar mis afanes. Ella se resistía: era imposible que pudiera leerlos en voz alta; pero tanto instó Felicia, que la joven accedió á leerlos para sí en mi presencia.

Desdobló la hoja con los dedos trémulos y torpes; Felicia acercó la vela que ardía sobre la mesa; y yo, por un sentimiento irresistible de temor, de modestia, no sé de qué, me retiré al extremo opuesto, cerca de la puerta, dando á ésta la espalda y apoyado en la cabecera de la cama.

Los ojos de Remedios recorrieron lentamente la primera línea, luego la segunda.... Yo seguía el movimiento de sus negras pupilas, y las ví humedecerse, apenas leída la primera estrofa. Cuando comenzaba la segunda, el papel temblaba visiblemente, y los ojos de Remedios estaban nublados por una lágrima.....

—Buenas noches; dijo una voz á la puerta.

Mi cuerpo quedó rígido de espanto; no

hice el más leve movimiento; sentí hielo en las entrañas y en las venas, y habría yo bendecido á la tierra, si se hubiera abierto en aquel instante para tragarme.

Jacinta entró. Habló durante dos ó tres minutos, con voz llena de ira mal sofocada, y dijo no sé qué; algo que no oí porque me zumbaban los oídos, y que tampoco podría yo recordar ahora. Apenas tengo memoria de que al fin se encaró conmigo, echándome en cara alguna cosa, y enseñándome una mano herida, quizá al arrebatarle la cajita. En seguida salió.

Remedios, después de breve instante de estupor, se puso en pie, y Felicia hizo lo mismo á su lado. Las dos estaban pálidas. Alcé los ojos y ví los de Remedios llenos de una expresión que nunca habían revelado. Parecían más negras y luminosas sus pupilas, tenía el ceño duramente contraído, y para dar paso al sofocado aliento, dilatada la nariz y entreabiertos los secos y descoloridos labios.

Clavó sus ojos tenazmente en los míos, avanzó con pasos lentos, llenos de una ma-

jestad soberbia y altiva, y pasó junto á mí, para salir del cuarto. En aquel momento oí sonar el papel estrujado entre sus dedos, y sentí que, lanzado con fuerza, azotó mi rostro, causándome el dolor de una marca de hierro candente.

Luego sonó en el corredor un grito doloroso y penetrante, y el ruido de un cuerpo que caía y se agitaba convulsivamente. Salí al corredor, como instintivamente, para auxiliarla; pero la mano de Felicia, fuerte en aquel instante, me arrastró hasta la escalera y me empujó con vigor.....

Oí al atravesar el patio un nuevo grito, más doloroso y penetrante que el primero, ruido de pasos precipitados de personas que acudían de la sala, y ya en el zaguán, conocí la voz de Don Mateo que exclamaba:

—¡Canasto!

Corrí mesándome los cabellos, loco, fuera de mí, diciendo palabras extrañas, con gana de llorar, de gritar, de estrellarme la cabeza para no oír, sentir ni recordar nada. Me detuve al fin en una esquina, apoyé en ella los brazos, entre ellos hundí la cabeza, y haciendo no sé qué esfuerzo logré llorar.....

Dos pilluelos pasaron junto á mí, se detuvieron á verme y al seguir andando, el uno dijo al otro:

—¡Qué mona tiene ese amigo!

Rieron ambos, y en seguida gritó el segundo con voz gangosa y chillona:

—¡*El Lábaro* de mañana.....con el retrato del General de División Don Mateo Cabezuuuudooooo!!

XXIII.

Al día siguiente.

En una cama del Hotel del Refugio estaba yo tendido, pálido y débil, presa de extraña enfermedad, cuando recibí la visita de Pepe y Sabás.

¡Cien pesos de sueldo yo! si, señor; cien pesos. Sabás me lo decía en nombre del Director.

—Nada más que.....tartamudeó el escribiente de San Martín.

—¿Qué?

—Que *El Cuarto Poder* vuelve á las ideas de *La Columna*; las cosas han cambiado, según dice el Director. El *sobretiro* se agotó anoche, y esta mañana muy temprano fué el Sr. Albar al Ministerio.....

—¡Pero esto es inaudito! exclamé yo espantado.

—No, señor; replicó Pepe con calmosa gravedad: esas son las oscilaciones de la opinión pública.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

NOTA.

En la página 9, última línea dice: "*enteco*" por *enteco*; y en la página 26, línea 24 dice: *maña* por *mañana*.



